LEOPOLDO DE LUIS Y JORGE URRUTIA

DEL AUTOR Y SU LIBRO

El autor de *El hombre acecha* había cumplido 28 años el 30 de octubre de 1938. Nacido en 1910, en Orihuela (Alicante), su vida, como han difundido ya numerosos textos biográficos, tuvo dificultades y estrecheces, una formación elemental de colegios de primera enseñanza y una cultura de autodidacto, alimentada por abundantes lecturas literarias. Pastor algún tiempo del rebaño con el que comerciaba su padre, modesto tratante de ganado, recibió del contacto directo con la naturaleza una comprensión fresca y espontánea de la vida. La vocación indomable le llevó a la poesía, animado por la lectura de los poetas clásicos y contemporáneos que frecuentó. Sintió la poesía eglógica con Garcilaso, la ornamental y barroca con Góngora, la simbólica y ascética con Calderón, la grave y problemática, a la vez que verbalista, con Quevedo. Si con el cordobés de las *Soledades* escribe *Perito en lunas* (donde no faltan las huellas de la *vanguardia* ni la de Gerardo Diego), con el metafísico de los autos sacramentales da a la luz *Quien te ha visto y quien te ve.* El lírico del «dolorido sentir» y el trágico de las «furias y penas» le acompañan por algunos de los más hermosos sonetos de la lengua castellana *(El rayo que no cesa).* Anduvo también por los aledaños del superrealismo, como frecuentador de la amistad de Vicente Aleixandre y de Pablo Neruda. La guerra civil le impulsó definitivamente a una toma de conciencia social, que en él resultaba tan auténtica como unido se sentía al pueblo, a «los que viven por sus manos» («Pueblo de mi misma leche», escribió).

A los 26 años se entregó con entusiasmo a la lucha en la contienda civil, y actuó generosa, casi ingenuamente, «con la sangre y con la boca / como dos fusiles fieles». Por eso escribió un libro entusiasta, combativo, beligerante y triunfador: *Viento del pueblo* (1937). Pero transcurrieron dos años de gue-

rra, y muchos graves sucesos se acumularon en la vida de España y en el corazón del poeta. Testigo no impasible de la tragedia de su pueblo, solidario de los suyos, desengañado no ya por el dolor, sino por la miseria moral de egoísmos y traiciones, desarrolló su propia existencia personal entre zozobras y peligros. Casó con Josefina Manresa —la destinataria de los sonetos de *El rayo...*—, tuvo un hijo al que vio morir, víctima de las dificultades de la época, y otro al que apenas conoció. Salió por primera y única vez de su patria, para asistir a unas manifestaciones culturales en la Unión Soviética. Todo su viaje estuvo presidido por la obsesión del amargo acontecer español. Vio morir a su lado a camaradas y amigos. Hizo por alentarlos. Su entusiasmo decayó. La guerra no es sólo heroísmo: es muerte, tragedia, desolación, ruina.

En las *Memorias* de D. Manuel Azaña hay una página aparentemente menor, pero de significación humanista: pensando en los escritores jóvenes que redactaban las revistas de guerra, algunos de los cuales le visitaron y ofrecieron sus publicaciones como Presidente de la República, anotó:

Habría que mostrar, con la evidencia comunicativa de lo poético, el sufrimiento humano dentro del cuadro grandioso y terrible de la guerra, el eterno sufrimiento del hombre aherrojado por su destino implacable. Es una nota de 1938.

Sin relación entre ambos —el texto de Azaña permaneció inédito hasta muchos años después—, vienen curiosamente a coincidir el pensador y el poeta. Esa tesitura humanista, esa comprensión de la tragedia es lo que inspirará los poemas de *El hombre acecha.* No de todos, pero sí de los que integran su núcleo esencial.

¿Y cuál es el núcleo esencial del libro? Aquellos poemas que podemos calificar como de aflicción: «Canción», «Carta», «El soldado y la nieve», «El tren de los heridos», «18 de julio», «Madrid», «Madre España», «Canción última», «El herido»... Desde cualquier trinchera y no importa en qué guerra, se comparten los sentimientos de piedad y tristeza, de ternura y de angustia que substancian conmovedoramente esta poesía.

En el caso del poema «Carta», su estribillo procede de otro anterior: «A mi gran Josefina adorada». (Véase *Obra poética completa,* quinta edición, pág. 169). Se produce una variante: en lugar de «Escríbeme a la tierra», el poema primero decía «Escríbeme, paloma». El tema de las cartas es propio de los cancioneros de guerra en general, y también el apelativo *paloma* resulta frecuente en la poesía popular amorosa. J. Carlos Rovira, en su libro *Cancionero y romancero de ausencias de Miguel Hernández* (Alicante: Instituto de Estudios Alicantinos, 1976, pág. 147) recoge una copla popular: *Cuando enterrándo-*

me estén / llámame con poca fuerza / y verás cómo contesto / hasta debajo de tierra. Igual que en otras ocasiones, el recuerdo de la poesía popular en Miguel Hernández es notorio.

Tales poemas son los que ofrecen, claro es, un cambio de actitud, y los que nos llevaron a escribir que la poesía de guerra de Miguel Hernández se sostuvo en dos alas: una, que se alza combativa, hacia el entusiasmo; otra que se abate herida, hacia el dolor. Pero el poeta, al compaginar este segundo libro, decidió incorporar piezas de otra índole, poemas que venía escribiendo aún en el tono de *Viento del pueblo.* Son poemas de exaltación y de lucha («Llamo al toro de España, «El vuelo de los hombres», «Oficiales de la VI División») o poemas donde laten preocupaciones sociales («El hambre», «Las cárceles», «La fábrica-ciudad», «Llamo a los poetas», «Pueblo»). Alguno de tema político («Rusia») y otro, el más extenso y complejo del volumen (lo que no quiere decir el mejor), muy apegado a las circunstancias: «Los hombres viejos».

Al comentar el poema «La fábrica-ciudad», escrito en la ciudad de Jarkov, zona industrializada de Ucrania, Elvira Macht de Vera ha recordado los precedentes de Whitman o de Rilke (sus himnos al trabajo) y aludía a la *exaltación de la máquina que libera a los hombres de los trabajos más duros, y además constituye una visión pacífica de la tierra perfectamente arada,* justificada *por venir de un poeta campesino, que conocía lo dificultoso de arar la tierra sin otras herramientas que las primitivas*[1]. Efectivamente, como hemos comentado en otros trabajos, contra lo que suele darse en la poesía social, generalmente escrita por hombre de ciudad, la de Miguel Hernández siente más el trabajo agrícola que el fabril.

«Rusia» es el poema de contenido más político. Al igual que «La fábrica-ciudad» es producto del viaje a la Unión Soviética, antes aludido, en el verano de 1937, para asistir al V Festival de Teatro Soviético. En noviembre del mismo año, el poeta comentó aquel viaje en un artículo publicado en el periódico de Alicante «Nuestra Bandera» (número 108, 10-11-37). Utilizó un verso de la última estrofa del poema: «La URSS y España, fuerzas hermanas», para titular el artículo. Hay que recordar la ayuda prestada a la causa republicana por Rusia, así como la que Hitler y Mussolini prestaron a la causa contraria: ambas circunstancias se acusan en el poema. Se alude también a los niños evacuados a Rusia. Todos estos motivos de gratitud y su misma condición de invitado, le llevan a un tono laudatorio. En cuanto al elogio directo a Stalin, hay que tener en cuenta que, durante años, fueron frecuentes por parte de los poetas simpatizantes del ideario comunista; fue una consecuencia del «culto a la personalidad». En su *Autobiografía de Federico Sánchez* (Barcelona: Pla-

neta, 1977, pp. 23-24) Jorge Semprún se refiere a este hecho, y emite la siguiente opinión sobre Hernández: *De origen católico y campesino, se expresan con fuerza —y con eficacia poética— todos los tópicos religiosos del culto a los líderes propios de una cultura católica y campesina que ha venido a fundirse con la cultura marxista, pervirtiéndola.*

Puede concluirse, en resumen, que *El hombre acecha,* aunque es un libro hermoso y conmovedor, no es un libro uniforme ni sostenido, sino diverso y más bien irregular. Algunos de sus aspectos, y muy concretamente las canciones que lo abren y cierran, lo relacionan con la poesía posterior que, en parte, ya estaba escribiendo el poeta en los últimos meses de 1938.

[«Introducción» a Miguel Hernández, *El hombre acecha* (facsímil. Ed. de Jorge Urrutia y Leopoldo de Luis), Santander, Ediciones de la Casa de Tudanca, 1981 (fragmentario)]

N O T A

[1] *Miguel Hernández: poesía y mística social;* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1973.